

Genealogía socio-histórica del erotismo en adultos mayores

Socio-historical genealogy of eroticism in older adults

Perla Vanessa de los Santos-Amaya y Sandra Emma Carmona-Valdés *

Universidad Autónoma de Nuevo León (U.A.N.L.), México
perla_dls@hotmail.com / carmona.uanl@gmail.com

Resumen

El erotismo es un proceso de construcción y producción histórica y sociocultural que ha representado un área de fuerte censura para las sociedades. Esta censura tiende a manifestarse en las reglamentaciones y normas a través de las cuales las sociedades determinan la inclusión y la exclusión de sujetos al placer erótico, la cual, se vive y adopta como condicionamiento moral y define el “deber ser” social. Uno de estos condicionamientos morales representa el ejercicio del erotismo en la vejez. Sin embargo, ¿Cómo se legitima la exclusión de la vida erótica de los adultos mayores? Y ¿Cuáles son los mecanismos y dispositivos que se emplean para ese fin? Con la intención de dar respuesta a dichas interrogantes, el presente artículo tiene por objetivo analizar el proceso de legitimización de la negación de la vida erótica en la vejez desde su genealogía socio-histórica.

Palabras clave: Erotismo; Adultos mayores; Genealogía; Construcción social.

Abstract

Eroticism is a process of historical and sociocultural construction and production has represented an area of strong censure for corporations. This criticism tends to manifest in regulations and standards through which societies determine the inclusion and exclusion of subjects to erotic pleasure, which is lived and adopted as moral conditioning and defines the “should be” social. One of these moral constraints represents the denial and repression of the exercise of eroticism in old age. No clutch, how the exclusion of the erotic life of older adults is legitimized?, What are the mechanisms and devices used for this purpose ? In an attempt to answer these questions, this article aims to analyze the process of legitimization of the completion of the erotic life in old age from its socio- historical genealogy.

Keywords: Erotica; Aging; Genealogy; Social Construction.

* La Mtra. De los Santos es Maestra en Trabajo Social con Orientación en Proyectos Sociales por la U.A.N.L y actualmente se encuentra cursando el Doctorado en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social por la U.A.N.L. La Dra. Carmona es Doctor en Filosofía con Orientación en Trabajo Social y Políticas Comparadas de Bienestar Social por la U.A.N.L. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Profesora Investigadora en la Facultad de Trabajo Social y Desarrollo Humano (U.A.N.L).

Genealogía socio-histórica del erotismo en adultos mayores

Introducción

El ejercicio del erotismo de forma plena, satisfactoria y placentera es una necesidad vital de los seres humanos que les permite construir su bienestar personal y su salud.¹ Además se relaciona con el contacto, la intimidad, la ternura, la expresión emocional, el amor y las múltiples variaciones que las personas necesitan para sentirse integrados a la sociedad (Aldana, 2008; Iacub, 2006; OMS-OPS, 2000). Por lo tanto, hablar de erotismo constituye un concepto más amplio y profundo que el mero impulso biológico, que si bien es cierto es un factor relevante, también lo son la serie de construcciones y significados que moldean la conducta de los individuos.

Los orígenes de la palabra erotismo se remontan a la mitología griega, en la que *Eros* (hijo de *Afrodita* y de *Ares*) era el Dios del amor, de la atracción sexual y del sexo, -la fuerza fundamental del mundo- y que se relacionaba con la reproducción de las especies y la cohesión del cosmos. El erotismo desde su definición corresponde a la capacidad humana de experimentar respuestas subjetivas que evocan los fenómenos físicos percibidos como el deseo sexual, la excitación y el orgasmo (OMS-OPS, 2000). No obstante, este concepto supera la dimensión sexual al conjugar factores psicológicos, socioeconómicos, éticos, culturales y religiosos dentro del mismo. El erotismo está relacionado con la actitud ante la vida que implica abrir los sentidos para experimentar sensaciones que provoquen goce, pasión por algo o alguien; una forma de libertad para expresar la pulsión de vida en lo que se hace o a quien se desea.

1 El erotismo considera el placer “no en relación de una verdad absoluta de lo permitido y lo prohibido ni con un criterio de utilidad, sino primero y ante todo en relación consigo mismo” (Foucault, 1995, citado en Iacub, 2006:15). Contrario a lo que significa el término sexualidad, el cual es una mirada desde la ciencia de la sexualidad del siglo XIX, entendida como aquel espacio de saber ordenador y normalizador de los sujetos y que ve al erotismo como algo patológico y que por lo tanto requiere tratamiento.

Hay que mencionar que el interés del ser humano por los fenómenos relacionados con el erotismo no es algo nuevo, pues se ha figurado como uno de los temas tabúes que más restricciones y controversias a causado en las sociedades. Esto se refleja a lo largo de la historia en las posturas filosóficas, morales, estéticas, religiosas, médicas y psicológicas que el tema ha dado lugar. A partir de estas creencias y disciplinas del conocimiento humano se han marcado los límites entre lo prohibido y lo permitido, así como también se han determinado los parámetros entre la libertad y el castigo, conjugando las reglas de lo que se denominado “erotismo convencional” (Aldana, 2008; López *et al.*, 2006).

En las sociedades occidentales las edades de la vida erótica tienen gran importancia a la hora de concebir el “erotismo convencional”, lo cual ha generado que este se defina desde ciertos parámetros –fertilidad, genitalidad, juventud e imagen corporal–, cualquier expresión diferente es ignorada y reprimida dentro del aprendizaje social. En muchas ocasiones, este mensaje se encuentra tan internalizado en los sujetos que no requiere de algún dispositivo de poder que ejecute una sanción sino que se ha introducido en el juicio, pensamiento y ética de los individuos de modo que el control se ejerce mediante la autocensura a través de la culpa y la negación (López y Olazabal, 2005).

Tal es el caso del erotismo en la vejez, la sociedad ha construido una imagen erotofóbica y restrictiva del ejercicio de los goces en edades avanzadas, ya que se considera que las manifestaciones de placer en esta etapa de vida están fuera de la norma sociocultural delimitada desde un modelo único de erotismo (Arango de Montis, 2008a). Esta delimitación es socialmente construida define la imagen social de la vejez desde la enfermedad, la pérdida, la decrepitud e incluso la muerte. A partir de ello, la vejez es un período asexual privilegiado

para la reflexión, la sublimación y la virtud (Arango de Montis, 2008b).

El ejercicio del erotismo en las personas mayores aparece constituido por un conjunto de mitos y estereotipos que atribuyen a la vejez su retiro natural y fuera de discusión dentro del imaginario colectivo, esta construcción restringe el goce sexual en esta etapa de vida a la mera ternura y cariño (Iacub, 2006). Estas representaciones han incidido no sólo en los modos de vivenciar y construir lo erótico, sino también en las formas de establecer una estética de amor y de definir un cuerpo abierto o cerrado a las expectativas del otro (Aldana, 2008). A partir de ello, surgen interrogantes con respecto a ¿Cómo se legitima la exclusión de la vida erótica de los adultos mayores?, ¿Cuáles son los mecanismos y dispositivos que se emplean para ese fin?

Por lo anterior, el presente artículo tiene como propósito principal analizar el proceso de legitimación de la terminación de la vida erótica de los adultos mayores desde su genealogía socio-histórica. A través de ella, podemos discutir como la construcción social del erotismo a lo largo de la historia responde a un parámetro de negación y exclusión de las personas mayores al ejercicio del erotismo de manera libre e informada. Bajo esta premisa las consecuencias que ejerce la herencia de un conjunto de prejuicios y estereotipos para las personas mayores se asocia a múltiples efectos negativos como sensación de angustia, ansiedad, fracaso e inhibición sexual, aislamiento, devaluación de la autoestima, inseguridad emocional y pérdida de vínculos entre otros, mismos que los posicionan en un estado de vulnerabilidad progresiva (Hernández, 2008; OMS-OPS, 2000).

1. Genealogía del erotismo en adultos mayores.

1.1 Antecedentes acerca del erotismo.

La comprensión del erotismo como proceso de construcción y producción socio-histórica, cultural, subjetiva y política, representa un área fuertemente censurada, un tema tabú en las sociedades occidentales que tiende a evidenciarse a través de mecanismos de represión y doble moral, así como por las actitudes vigilantes y controladoras de las que son objeto las personas (Arango de Montis, 2008a; Arango de Montis, 2008b; Aldana, 2008; Garita, 2004). A través de diversas formas de normalización, reglamentación e invisibilización, la vida erótica de los individuos queda sujeta a permisos, prohibiciones,

límites y posibilidades de manifestar el deseo y el gozo por algo o alguien.

El erotismo es el resultado de diversas prácticas sociales que dan significado a las actividades humanas, las definiciones sociales y las autodefiniciones (Weeks, 1998). Por ello se utiliza la expresión de “construcción social del erotismo”, ya que comprende las múltiples e intrincadas formas en que las emociones, deseos y relaciones son configuradas por la sociedad en que se vive, bajo las que se modela cultural y socialmente la conducta de los individuos y que se viven como un condicionamiento social y moral y definen el “deber ser”. Estas restricciones reflejan un espacio en el que la sociedad modela el erotismo, que de forma directa e indirecta es atravesado por un conjunto de relaciones sociales (y con frecuencia contradictorias), cada una de las cuales se interrelacionan para determinan la conducta apropiada.

De esta manera la construcción del erotismo aparece a lo largo de la historia delimitada a partir de una pluralidad social de formas, los cuales se articulan complejamente a través de los significados, las prácticas y los discursos. Dentro de estos se ha podido observar la postura *erotofóbica*² y sexualmente restrictiva hacia determinadas manifestaciones, actividades eróticas y grupos poblacionales, entre lo cual se encuentra el ejercicio del erotismo en la vejez (Aldana, 2008). Particularmente la etapa de la vejez y los sujetos que se encuentran en ella han sido objeto de diversas construcciones deserotizantes que explican la terminación de su vida erótica, la cual ha tenido como trasfondo la preocupación en beneficio de la uniformidad moral, el bienestar económico, la prosperidad de la población, la higiene y la salud (Garita, 2004). Estas serán descritas brevemente a continuación a fin de perfilar la genealogía socio-histórica que nos ocupa en el escrito que se expone.

1.2 Hacia una construcción del erotismo en la vejez a través de la historia.

En el presente apartado se pretende dar cuenta de cómo el erotismo ha sido perfilado desde un conjunto de mecanismos políticos, sociales, morales, filosóficos, religiosos y estéticos, mismos que dan determinado quienes y bajo que parámetros los sujetos están abiertos al ejercicio de los goces. En el mismo sentido, la construcción del erotismo

² Término designado para definir como las sociedades crean parámetros de inclusión exclusión sobre el ejercicio del erotismo en un tiempo en particular (Aldana, 2008).

aparece a lo largo de la historia delimitada a partir de una inestabilidad social de formas, los cuales se articulan complejamente a través de los significados, las prácticas y los discursos. Particularmente la etapa de la vejez y los sujetos que se encuentran en ella han sido objeto de diversas políticas deserotizantes para explicar la terminación de su vida erótica, la cual ha tenido como trasfondo la consolidación de un modelo único de erotismo, mismas que serán descritas a continuación a fin de ir delimitando las construcciones que subyacen a su ejercicio.

Uno de los primeros mecanismos que pretenden responder las incógnitas de este artículo se desprende de los supuestos religiosos que explican la exclusión de los adultos mayores del ejercicio de su erotismo. Al respecto, se puede mencionar el Antiguo Testamento y su influencia sobre el pueblo judío.³ Esta visión se desprendía de la importancia que este pueblo adjudicó al envejecimiento en un modelo patriarcal desde el que se significó a la vejez como la posibilidad de maduración, el tiempo de crecimiento y el endurecimiento. Se creía que la vejez era un estadio para compartir la sabiduría de la experiencia; los ancianos tenían la función sagrada de guiar a su pueblo y velar por el cumplimiento de las tradiciones. En este sentido, la vejez para los judíos aludió a aquello que ligaba al pueblo a partir de una organización colectiva y un saber sobre sus orígenes (Bataille, 2008; Iacub, 2006), por lo que, el goce erótico no estaba ligado al paso del tiempo ni a una edad determinada (Arango de Montis, 2008a; González *et al.*, 2005; Iacub, 2008).

Asimismo, se creía que los ancianos eran jefes naturales y contaban con un amplio poder político, religioso y jurídico e incluso militar (Iacub, 2008), por lo que existía una actitud abierta al goce erótico que provenía de la idea de la unión del cuerpo y el alma, y la visión de que lo que existe fue creado por un Dios benevolente que desea el bienestar y la felicidad del hombre en el mundo. Concretamente, la Biblia hablaba del “*deber conyugal*” en la que la unión sexual de la pareja era concebida como regalo divino –un acto al servicio de Dios para la armonía matrimonial–. Esta unión no tenía como fin la procreación, ya que su importancia radicaba en el sentido de compañía –apoyado en la necesidad de las personas de tener un compañero en cualquier momento de su vida–, de ahí que la idea de “no es bueno que el hombre este sólo”

3 Existen diversas lecturas de la vejez y el erotismo a lo largo de la historia del pueblo judío que responden a las influencias relativas a cada momento histórico y a los ámbitos particulares que en los que este pueblo vivió (Iacub, 2008).

tuviera mayor influencia que el precepto de “creced y multiplicaos” (Iacub, 2006).

En la línea de la genealogía que se viene planteando ante la explicación religiosa que exaltaba las representaciones sociales positivas de la vejez por un lado, y por el otro, alentaba el ejercicio del erotismo como forma de complacencia hacia Dios. Sin embargo, a diferencia de la cultura judía, en la tradición grecolatina se existieron una serie de dicotomías o tensiones polares en relación con lo erótico en la vejez, las cuales fueron definidas por la preocupación obsesiva que esta cultura tenía por el exceso, la erección, los placeres del cuerpo –*afrodisia*– y la actividad/pasividad. Mismas que fueron explicadas desde diversas lentes, como la filosofía, la ética, lo moral y lo estético, las cuales fungieron como guías de funcionamiento dentro de la dinámica social y cultural (que se ha definido como falocrática y falocéntrica). Particularmente en el ejercicio del erotismo para los viejos significó en la tradición grecolatina el retiro voluntario de los mismos (Iacub, 2006).

Uno de los pensadores que tuvo mayor influencia sobre esta postura fue Aristóteles,⁴ él consideraba que existían tres tipos de desbordes: la “*akolasía*”, la “*akrasía*” y la “*molicie*”, las cuales se relacionaban con la limitación de las pasiones y los placeres corporales. Este pensador creía que la oposición entre la actividad (contención, fuerza, coraje) y la pasividad (pereza) era esencial, tanto en el dominio de los comportamientos sexuales como en las actitudes morales, pues aquel que no dominaba sus pasiones era considerado femenino y visto de forma negativa (Aristóteles, 2000), dicho bajo sus propios argumentos este filósofo menciona “que dulce resulta tener agotadas las pasiones, ya que una vez superadas las pasiones y no habiendo necesidad de los placeres, podía disfrutarse de las delicias o dulzuras del placer” (Aristóteles, 2000: 65)

Para Platón y Seneca que consideraban la unión del cuerpo y el alma, en la etapa de la vejez era necesario desprenderse de las demandas corporales, entre las que se incluía la necesidad de placer y gozo (Bataille, 2008:103; Garita, 2004:61, Iacub, 2006:57; Iacub 2007:102). Por lo que, librarse de las pasiones y deseos que arrebatan al hombre en su juventud suponía un sentimiento de alivio en la vejez, así como también la incursión a la meditación y reflexión de índole espiritual. Asimismo Platón señalaba

4 Él consideraba que existían tres tipos de desbordes: la “*akolasía*”, la “*akrasía*” y la “*molicie*”, las cuales se relacionaban con la limitación de las pasiones y los placeres corporales.

que “el alma esta vigorosa y se alegra de no tener comunicación con el cuerpo. Se ha despojado de una gran parte de su carga, salta de gozo y alegría y me plantea la discusión sobre mi vejez, ya que esta constituye un esplendor para el disfrute de su propio bien” (Platón, 1984: 96).

Según Foucault (2009), dentro de la cultura grecolatina la actividad y los placeres sexuales no fueron regulados de forma coercitiva, sino con criterios relativos a la estética.⁵ De acuerdo con esta idea, las expresiones del erotismo durante el envejecimiento no se encontraban bajo una prohibición específica sino que se les calificaba de antiestéticas y vergonzantes, lo cual configura en un tipo especial de limitación. Lo anterior se derivaba de la dicotomía que los griegos construyeron acerca de la juventud y la vejez, en donde la primera respondía a calificativos sobre el “eros” –la gracia, la musculatura, la belleza, el esplendor, la música, las flores, el canto, la guerra y las armas–, mientras que la ancianidad era definida desde la pérdida, la fealdad, el debilitamiento y las alteraciones que inevitablemente conducirían a la muerte (Aldana, 2008; Iacub, 2006). Así la vejez y la juventud funcionaban como pares antitéticos que modelaban juegos de significaciones opuestas ocasionando que se excluyera a los viejos del lugar de objetos y sujetos de deseo.

Entre los griegos el cuerpo se convirtió en un espacio donde la temporalidad y lo efímero de la vida se hacía presente. Era un espacio donde los cambios y las transformaciones corporales se manifestaban como la pérdida de belleza y éxito social hacia un estado de fealdad y deterioro físico –con la aparición de cambios físicos como las canas, las arrugas y determinadas enfermedades– que ocasionaba que el cuerpo fuera visto como una especie de prisión, cárcel o incluso tumba. Esto último se relaciona con la idea que se tenía acerca del cuerpo de los viejos como cadáver (muerto en vida), el cual generaba rechazo social por no estar dentro los parámetros estéticos individuales que formaban parte de la imagen socialmente aceptaba sobre hombres y mujeres jóvenes, lo cual nos permite comprender porque resulta predominante la repulsión por la fealdad de los viejos (Iacub, 2007).

⁵ La tradición grecolatina establecía analogías desde las cuales analizaba las diferencias entre el cuerpo de los dioses y de los humanos, en donde el cuerpo de la vejez aparecía asociado a las imágenes de muerte y lo humano, mientras que los cuerpos jóvenes representaban lo más próximo a las figuras divinas. En este sentido la belleza se definía desde lo joven, queriendo ocultar el lado humano del sujeto y su efímero paso por la vida, siendo la vejez la terminación de ese leve tránsito por ella (Iacub, 2008; Iacub, 2007).

Otra de las cuestiones que cobra vital importancia desde la que se explicó la exclusión de los viejos de una vida erótica en la tradición grecolatina era la concepción natalista que se tenía del “eros” como la reproducción de las especies y la cohesión del mundo, en la que los viejos por su incapacidad reproductiva no aportaban nada al equilibrio de cosmos (Aldana, 2008; Iacub, 2006). Por consiguiente, si los viejos no podían multiplicarse había que protegerse de la devastación y la muerte mediante el rechazo de cualquier manifestación que los ancianos hicieran para retornar al ejercicio de los goces sexuales. Esta mirada abrió un espacio diferenciado del amor en la que el deseo erótico de los viejos fue transformado en amor tierno y el cuidado hacia la familia, los nietos e incluso hacia la pareja, pero bajo una forma de amor no erótico.

Ante las concepciones grecolatinas, una de las explicaciones que vinculó las restricciones sobre la terminación de la vida erótica de los ancianos fue la aparición del cristianismo como forma de ideología hegemónica en ese tiempo, el cual se asentaba por un lado en concepciones grecolatinas y por otro lado en interpretaciones del pueblo judío, aunque con definiciones específicas que determinaron que el envejecimiento era resultado del pecado original. De esta manera, la doctrina cristiana concebía a la vejez como marca del pecado de Adán y Eva, el cual debía ser redimido en la fe mediante la práctica de una moral consecuente y firme, incluso las enfermedades propias de la edad eran la oportunidad de alcanzar la plenitud espiritual, como una especie de crecimiento continuo que implicaba la promesa de una vida después de la muerte (Bataille, 2008).

Lo anterior cobró vital importancia a la hora de concebir el retiro de los placeres carnales y la extinción de las pasiones para los viejos. Se creía que el envejecimiento era un tiempo no sexuado de dedicación exclusiva a Dios, lo que se reafirmó en el modelo agustiniano de la vejez ideal –la que se representaba por medio de la espiritualidad y la desconexión de lo mundano– (lo que significaba el retiro de la sexualidad), ya que al no estar atrapados en la prisión de la juventud se podía alcanzar la divinidad. Desde esta visión cualquier retorno a la vida erótica era considerado un pecado (los pecados, en especial los de la carne alejaban del camino divino), que hizo conveniente el castigo a aquellos ancianos que se volvieran esclavos del amor, la vanidad y los placeres (Bataille, 2008; Iacub, 2006; Iacub, 2007).

Al respecto, San Agustín, uno de los principales personajes que explicaban el retiro de los viejos de los asuntos que tenían que ver con el erotismo, señala en una de sus Confesiones que “nuestros mismos enemigos parecen estar fatigados por la edad, pero incluso estando muy fatigados no dejan de perturbar el reposo de nuestra vejez por todos los medios posibles...así en los hielos de la vejez el hombre debe luchar para apagar el fuego de sus pasiones” (San Agustín, 1988: 125). En este sentido, para este pensador los pecados de la carne eran menos frecuentes a la edad de la vejez, sin embargo eran un enemigo constante con el que los viejos deberían defenderse de ellas. Asimismo San Bernardo (1987) señalaba que cualquier manifestación del erotismo en la vejez era “tan indecente como ridícula”, frase con la cual se legitimaba el retiro y fuera de discusión de los viejos por temor a la vergüenza y al señalamiento social.

Dentro del cristianismo se pudo observar que la culpa fue el mecanismo privilegiado para restringir el disfrute de los placeres (Garita, 2004; Iacub, 2006). Se manifestó mediante una nueva austeridad y una desaprobación cada vez mayor del *mollities* -sexo meramente por el placer-. A través de los valores morales y religiosos se construía en los sujetos una subjetividad productora de culpas hacia el placer sexual y el miedo al castigo divino por la desobediencia (Iacub, 2006). Este mecanismo actuó como forma de control de la vida íntima de los sujetos, en el que se procuró borrar el cuerpo como lugar de goce dentro de la memoria colectiva y social, para de esta forma salvaguardar la soberanía corporal (Foucault, 2009).

De acuerdo con la anterior para los cristianos la sexualidad era el camino hacia la tumba, por lo que demandaba un control y una disciplina moral cada vez mayor. Cabe indicar que dentro de los límites de lo permitido para la sexualidad se encontró la monogamia y la necesidad de lo sexual única y exclusivamente para la reproducción. Sólo se le dio significado a la sexualidad para hacer familia y para la reproducción de la especie, de ahí que era permitido el coito heterosexual durante la ovulación. La iglesia propugnó esta visión imponiendo a los maridos comportarse de forma continente con las esposas en el matrimonio y que de acuerdo a concepciones agustinianas, el matrimonio era una especie de medicina preventiva dada por Dios para salvaguardar al hombre de la inmoralidad (Arango de Montis, 2008a; Bataille, 2008). Todas las manifestaciones que salieran de estos parámetros eran consideradas inmorales e inapropiadas –pecados–.

La limitación cristiana hacia los placeres físicos en la vejez se asentó por un lado, en la concepción platónica que consideraba que los ancianos debían retirarse de tales placeres y consagrarse a la purificación del alma. Por otro lado, se basó en el carácter de alta valoración de esta etapa de vida de acuerdo con la interpretación judía –aunque al modo cristiano–, que impuso una serie de demandas de virtud y mayores exigencias respecto a otras edades, entre las que figuraba el abandono del erotismo. Además de la herencia de tradiciones grecolatinas, los cristianos concibieron al cuerpo como prisión (en especial durante la vejez, pues se pensaba que los cambios propios de la edad eran signo de corrupción física y marca del pecado) ofreciendo la oportunidad a los viejos para el remodelamiento de su carácter.

Ante las tradiciones grecolatinas y judeo-cristianas en las primeras etapas del desarrollo de la civilización –que incluía periodos como el feudalismo, el esclavismo–, marcaron una relevancia trascendental para entender la dinámica social y cultural y con ello establecer parámetros de conducta de los sujetos, así como en el tema que nos ocupa delinear explicaciones para afirmar que en la vejez no debería existir manifestación erótica alguna que perturbará el desarrollo del envejeciente. En este sentido, la incorporación de los procesos de modernización –lo cual finco la aparición del capitalismo– marcaron un parteaguas en la forma de entender las relaciones sociales y la percepción del sujeto en este modo de producción. Asimismo, se abrieron un conjunto de espacios que pretendieron romper con lo que se consideraba “antiguo” para establecer explicaciones racionales a todos aquellos fenómenos relacionados con el ser humano.

Al respecto Iacub (2007), señala que el capitalismo trajo transformaciones no sólo a nivel económico, sino también a nivel social, cultural, político y científico. Esta forma de organización se caracterizó por la rigidez de los roles y funcionales sociales que se le atribuían a las personas en beneficio del capital, así como por la serie de dicotomías y polarizaciones en los espacios y normas de actuación. Además en esta etapa se observó una fuerte preocupación por la uniformidad moral, la felicidad pública, la salud y la higiene (las que en esencia tenían el mismo propósito de etapas anteriores: delimitar la vida íntima de los sujetos), inquietudes que causaron la creación de nuevas explicaciones para condicionar la conducta y el comportamiento de los individuos, así como el resurgimiento de antiguas formas de entender el mundo (Garita, 2004).

El sexo o cualquier manifestación originada a partir de él –romanticismo, los sentimientos, las emociones, las conductas eróticas, etc.– fueron vistos de igual forma como un vicio social, ya que se consideraba que estaban relacionados con la parte instintiva (animal) e irracional de los seres humanos, consecuencia de las bajas pasiones (Foucault, 2009). Esta creencia originó que el ejercicio de la sexualidad fuera definida desde una gama limitada de actividades entre las que se incluía el matrimonio, la monogamia, la heterosexualidad y fundamentalmente la reproducción de la especie (Bataille, 2008). De ahí la preocupación por lograr la uniformidad moral a partir del establecimiento de un estrecho conjunto de conductas deseables en este plano (moralmente correctos) desde las que se justificó la represión y la censura de los individuos que salieran de ellos. Moralidad que no sólo restringió a las personas mayores para manifestar sus necesidades de contacto, afecto e intimidad sino que también implicó que una etapa de desconexión con cualquier manifestación relacionada con lo sexual.

Uno de los mecanismos que estableció la sociedad en ese momento para conseguir sus objetivos –moralidad social, paz pública, beneficios económicos, etc.– fue la modificación de los discursos para explicar los fenómenos sociales, la cual dio paso a las explicaciones científicas para atender y entender la dinámica social –las que se vincularon de forma inevitable con las justificaciones victorianas de la época– desde las que se definieron las prácticas socialmente tolerables y aquellas rechazables pero ahora en base a la dicotomía salud-enfermedad que conllevó una serie de sentidos morales colaterales. Este proceso modificó lo que hasta entonces se concebía desde diferentes lentes para convertir al sujeto en objeto de estudio de la ciencia (Aldana, 2008; Foucault, 2009; Iacub, 2006).

Especialmente para lograr la uniformidad moral surgió la *scientia sexualis* o ciencia de la sexualidad. El surgimiento de esta ciencia estuvo relacionado por una parte por la importancia que la época adjudicaba a la represión de las pasiones amorosas y por el otro por la creciente preocupación por los asuntos poblacionales como tema de Estado –desde las que se visualizaba el sexo meramente como herramienta natalista–. Por lo que la ciencia de la sexualidad se encargó de hacer descripciones, establecer clasificaciones y realizar estudios desde los que se conformó un saber ordenador del comportamiento sexual de los sujetos. Desde estos discursos de saber se fincaron verdades absolutas

que separaban el ejercicio sexual “sano” –el de la reproducción– del “patológico” –el que requería intervenciones terapéuticas o de normalización– (Foucault, 2009).

Dentro de este entramado se dieron fundamentaciones científicas sobre el fenómeno del envejecimiento (las que en esencia respondían a los mismos prejuicios sociales sobre esta etapa vital) que hicieron que se analizara al sujeto envejecido en relación a la superficie de su cuerpo y su interior. En este análisis se evaluaba a las personas mayores de acuerdo a determinados parámetros que provenían de la ciencia médica, la psicología y la psiquiatría, en los que se concluía que las debilidades asociadas a la vejez eran causa y no consecuencia de esta etapa vital, por lo que se afirmó que esta etapa de vida era una enfermedad en sí misma (Garita, 2004; Iacub, 2006). Específicamente sobre el aspecto erótico, las teorías que se originaron a partir de dichos saberes estaban encaminadas a acentuar la imagen negativa que se tenía de los viejos, desde la que se exponía la repulsión por la fealdad de los viejos así como los beneficios sociales del cese de sus actividades eróticas.

El cuerpo del viejo se definió desde su desgaste y disminución energética, con lo que se recalcó la sinonimia entre vejez, enfermedad e invalidez –desde parámetros de funcionalidad social–. El envejecimiento fue definido como una enfermedad progresiva causada por cambios fisiológicos y anatómicos inevitables que conducirán a patologías prolongadas. En este proceso, la moral victoriana estableció un código ético con rígidos estereotipos negativos y positivos desde los que se definía el envejecimiento sano y el enfermo, como resultado del autocontrol y la autodisciplina o del derroche y la falta de cálculo sobre el cuerpo. Esta visión tuvo influencia a la hora de concebir al sujeto como único responsable del uso de su cuerpo y de la forma de afrontar su envejecimiento⁶ (Bataille, 2008; Iacub, 2006; Iacub, 2007).

La transformación en la percepción de la vejez condujo el surgimiento de diversas significaciones de su erotismo. La primera de ellas se asoció a la prolongevidad o extensión de vida mediante la práctica del abstencionismo sexual como medio para evitar

⁶ En el plano religioso se entendía la buena vejez como un premio ante una vida virtuosa, y la mala como un castigo. Esta concepción permitió enfocar al envejecimiento como algo más “manejable” de lo que se había considerado anteriormente. Trabajo duro, fe y autodisciplina para preservar la salud y la independencia para una buena vejez y falta de autorregulación, gasto inmoderado de las pasiones y vida promiscua para una mala vejez (Iacub, 2006)

el envejecimiento, la cual se asentó en la teoría del ahorro sexual. El segundo, que apoyado en la noción de la vejez como retorno a lo inorgánico, consideraba que durante la etapa de la vejez se producía una tendencia a la desconexión y aumento por la pulsión de la muerte desde los que se pensaba que los viejos al irse retirando de la vida favorecían el desarrollo de la especie humana (producto de la influencia que otras culturas tuvieron en ese momento, sin embargo ahora la explicación estaba fundamentada en la explicaciones medico-filosóficas) (Iacub, 2006; Iacub, 2007).

La vejez se definió desde “dos muertes” –la sexual y la del individuo–, en donde en la primera se concretaba a partir de su pérdida de fecundidad, la cual ocasionaba ineludiblemente la segunda. Desde este discurso se establecida que una sexualidad normal, era la referida a la reproducción y perpetuación de la especie y otra anormal, propia de la vejez (Aldana, 2008). A partir de lo anterior se puntualizó una forma de perversión denominada “gerontofilia”; ésta situación provocó un límite preciso no sólo al deseo de los viejos, sino a quienes se encontrasen interesados en ellos (Garita, 2004). Así las representaciones sobre un envejecimiento no erótico se hacía presente en los discursos y prácticas de la época en los que se difundía el ideal de la vejez asexual (Aldana, 2008; Garita, 2004). Ante esto los viejos interiorizaron sentimientos como la inexpresividad y el miedo sobre esta parte de sí mismo, a fin de no padecer un “vicio” o una “perversión moral” (noción que anteriormente era definida desde el pecado y el castigo divino, en estos discursos aparece como el miedo a la enfermedad).

Ante la severa represión moral de la época se originó el psicoanálisis para entender el comportamiento de los individuos de acuerdo a las fases de desarrollo sexual, sin embargo específicamente en la vejez se establecieron restricciones en el plano erótico. Esta corriente afirmaba que los cambios biológicos en la vejez alteraban la sexualidad y estos a su vez incidían de forma negativa en el psiquismo de los viejos a partir de cuatro grandes dimensiones: la angustia, la regresión, la pulsión de la muerte y la plasticidad. Estas consideraban que con el paso de los años los individuos y sus intereses libidinales disminuyen de forma notoria, haciéndose evidentes por medio de una preocupación obsesiva del yo; los ancianos se hacen narcisistas, mezquinos y cínicos, pierden su interés por la familia y por las cuestiones del orden social, es decir que su libido regresa a las etapas pregenitales del desarrollo, expresándose

a través de conductas catalogadas como desviadas –erotismo anal, exhibicionismo, tendencia a la masturbación y voyeurismo– (Freud, 1981).

De acuerdo con lo anterior en este período se interpretó las cuestiones relacionadas con el envejecimiento y el erotismo desde la mirada funcionalista, moral, psicológica, medica, genérica y psicoanalista principalmente que posicionaron a las personas mayores en una situación de desventaja social y vulnerabilidad. De las cuales se desprende la visión biológica y organicista en la que suponía que el ejercicio de su erotismo en las personas mayores era un desequilibrio entre el cuerpo y su psiquis (producto de una vida poco hacendosa y moderada), por la que había que intervenir en el sujeto desviado desde la medicalización y la clínica (postura que ha sido la que mayor impacto ha tenido para concebir la vejez) (Freud, 1981). Concretamente la vejez fue vista desde la desexualización o bien desde la sexualidad peligrosa.

1.3 Perfilando herencias y rupturas en la genealogía del erotismo

Durante la segunda mitad del siglo XX hemos sido testigos de un proceso de transformación en las sociedades posmodernas hacia nuevas formas de organización y construcción de sujetos sociales, así como de la creciente exclusión de otros. Tal transformación desestructuró las formas de poder tradicionales dando paso al surgimiento de discursos sociales que han modificaron una serie de presupuestos y valores que antes jerarquizaban ciertos roles –tanto de género como de edad– y que demarcaban divisiones estrictas y precisas. A partir de este cambio, el orden etario fue perdiendo peso, con lo cual no sólo se deslegitimizaron dichos roles, sino que también se produjeron modificaciones en el plano de las identidades y de las experiencias corporales (Arango de Montis, 2008; López *et al.*, 2006).

Uno de estas transformación se ha dado en el plano de lo erótico, el cual ha dado lugar a la llamada “revolución sexual” (Iacub, 2006). En esta la moral social (al menos en el discurso) se ha abierto a la libertad y autonomía del sujeto en el plano erótico, en el que por medio de diversos ordenamientos políticos se ha establecido que los individuos tienen derecho de identificar, conocer, satisfacer y dar sentido a las propias necesidades eróticas en un marco de equidad (Arango de Montis, 2008; López *et al.*, 2006). Sin embargo el erotismo en la vejez no ha

tenido el mismo reconocimiento social ni la misma transformación cultural –en referencia a otros grupos etarios–, ante lo cual tenemos que cuestionarnos más allá del cambio de discursos ¿Han cambiado las construcciones sociales que subyacen al erotismo en los sujetos envejecidos?

A pesar de la existencia de ésta ideología fundamentada en la perspectiva de derechos humanos –particularmente los derechos sexuales y reproductivos–, estos se enfocan principalmente a la prevención, atención y cuidado de la salud sexual y reproductiva de determinados grupos etarios –entre los que se incluye los adolescentes, jóvenes y adultos–, haciendo de estos el centro de intervención en la política pública y social (López *et al.*, 2006). Además podemos observar que la dinámica de la sociedad actual se ha encargado de agudizar la mitificación que se tenía acerca del tema haciendo que el disfrute del placer en edades avanzadas sea un ideal difícil de alcanzar para los sujetos que se encuentran en esta etapa de vida.

Garita Sánchez (2004), señala que la sociedad actual reproduce un conjunto de aprendizajes sociales, prácticas y discursos dentro de la familia, los medios de comunicación, los profesionales, las instituciones, e incluso el propio Estado que favorecen la consolidación de un modelo único de erotismo, el que se establecido para sujetos con características y necesidades diversas. Tal situación se puede visualizar en la política pública que se ha implementado para paliar los efectos del envejecimiento, la cual poco ha favorecido a que los sujetos envejecientes puedan disfrutar de una vida erótica y sexual plena en esta etapa de vida. Así se refuerzan los estereotipos negativos que tienden a omitir temas concernientes a este tema, situación que se correlaciona con el abandono de su estudio e intervención social.

Esta nueva ideología permanece la impresión general de rechazo hacia el erotismo en la vejez (Arango de Montis, 2008; López *et al.*, 2006). La visión estética aparece como la categoría que más influencia tiene a la hora de determinar las restricciones del “quien” es sujeto para ejercer su erotismo (la cual data de creencias sobre la fealdad y repulsión del cuerpo de los viejos). En el discurso habitual surge además la referencia a la discapacidad fáctica para lo sexual. Dicha discapacidad se inserta en una lógica que piensa al viejo en asociación con la enfermedad y cuyo ejercicio de su erotismo puede ser causante de daño (proveniente de interpretaciones médico-biológicas que explicaban el desgaste de la energía

corporal). Otro de los factores que actualmente caracterizan las manifestaciones descalificadoras es la representación del viejo tierna e infantilizada (propia de la herencia del psicoanálisis en la que se pensaba que la vejez era una etapa de regresión) –por ello desensualizada– (Iacub, 2006).

A partir del modelo único de erotismo, uno de los principales pensamientos que tienen vigencia en nuestros días es la concepción reproductiva, la cual data de las creencias natalistas en las tradiciones grecolatinas, cristianas y propias de la sociedad industrial. Este pensamiento considera que el placer erótico se desplaza por designaciones y necesidades parentales (Garita Sánchez, 2004). Sobre esta tendencia se enmarcan la socialización de los sujetos, específicamente los adultos mayores quienes fueron educados bajo la premisa de que el ejercicio de su erotismo era meramente para la procreación, en la que la permanece la impresión general de rechazo hacia su propio erotismo, ya que al no reproducirse se piensan como sujetos desensualizados y desexualizados –esta perspectiva supone verlos como un gasto social– (Aldana García, 2008).

Relacionado con lo anterior habría que señalar que aún existe vigente la vinculación entre el erotismo, la reproducción y la genitalidad que se originó como parte de las concepciones natalistas entre las que figuraba el culto a la virilidad y la fertilidad en una lógica patriarcal. Herencia de ello el ejercicio del erotismo se significa a partir de los órganos sexuales durante el coito, limitando la expresión de otras manifestaciones de los placeres y, como lo señalan algunos autores (Garita Sánchez, 2004; López Gómez *et al.*, 2006), la sociedad actual se ha definido como coitocentrista, reproduciendo este mensaje en cada uno de los espacios de socialización del sujeto –familia, instituciones, medios de comunicación, comunidad–, determinando no sólo la forma en que las personas asumen su propio erotismo, sino también ante la mirada de los demás.

Ante lo expuesto, el erotismo de los adultos mayores se significa en base a una serie de condicionantes que se asocian a una lógica de modernidad (sin que ello signifique que sea una nueva forma de exclusión, las bien constituyen una serie de herencias de las diversas construcciones tejidas a lo largo de la genealogía). Bajo esta lógica, los cambios normales asociados al proceso de envejecimiento se vinculan con la pérdida del deseo y potencia del hombre viejo y la incapacidad reproductiva en la mujer anciana, determinando en ambos casos el fin de su

vida erótica (Iacub, 2006). Así, el temor al desempeño sexual de los hombres es uno de los factores que con mayor frecuencia podría representar miedo a la hora de envejecer, ya que los hombres asumen que los cambios normales en su cuerpo se muestran como camino inevitable a la impotencia sexual (los miedos a la impotencia aparecen a cualquier edad, pero este temor se incrementa en edades avanzadas). Y la mujer por su parte –encasillada en su rol maternal–, al entrar al período menopáusico pierde su capacidad de reproducción, que es una de las principales funciones para la cual fue socializada durante toda su vida, asumiendo de la misma forma la culminación de su vida sexual (López y Olazabal; Vazquez-Bronfman, 2006).

Desde estas vinculaciones otro de los elementos que forma parte del modelo es la función productora de sujetos de deseo (Aldana García, 2008). Esta función favorece la necesidad social de promover determinados tipos de personas que respondan a los parámetros sociales. Esto se relaciona con la intervención sobre el cuerpo retomando el sueño del rejuvenecimiento pero con tecnologías más eficaces que le permitan al individuo recuperar una imagen más deseable (Iacub, 2006; Iacub, 2007). Cabe mencionar que en las sociedades actuales el cuerpo se ha convertido en un proyecto en sí mismo, en el que el cuerpo biológico ha dejado de ser un escenario inamovible para convertirse en un espacio sujeto a cambios individuales (alejándose de la antigua concepción que veía al cuerpo como prisión).

El proyecto del cuerpo se vuelve una imposición social, una necesidad de pertenencia y homologación asociadas al ideal de juventud (Iacub, 2006). En esto resurge la dualidad que aleja a lo joven (la belleza) de lo viejo (la fealdad y la muerte en sí misma), que desde la visión estética responde a valores sociales arraigados acerca de la belleza y la habilitación que de los cuerpos se hace para “cotizarse” con éxito dentro del goce erótico. La estética del amor se encuentra delimitada de acuerdo a lo ideales de juventud, en la que la representación del cuerpo del viejo –pérdida, enfermedad, alteraciones– lo alejan de estar dentro de ella. Un hecho que toma vital importancia es que el consumismo y la biotecnología se han convertido en el centro de la habilitación de los cuerpos en el plano erótico, estableciendo significados, valores e identidades para crear estilos de vida y representaciones en un mundo globalizado (Arango de Montis, 2008; López *et al.*, 2006).

Ante lo expuesto, el cuerpo de los viejos se hace objeto de evaluación estética, en especial el de las

mujeres para quienes los parámetros de belleza física son más rígidos, lo cual hace que las manifestaciones del erotismo en esta etapa de vida se consideren vergonzantes y antiestéticas. Los cambios corporales y funcionales asociados a la vejez y específicamente los cambios sexuales (que antes se visualizan como la oportunidad de remodelar el carácter) se muestran como un impedimento que excluye a las personas del ejercicio de los goces (Arango de Montis, 2008; López *et al.*, 2006).

Cabe señalar que la vejez y con ella el proceso de envejecimiento se aborda desde una predeterminación biológica (herencia de la perspectiva biomédica) lo que ha dado lugar a la biomedicalización de la vejez como alternativa prioritaria de atención⁷ (Iacub, 2006). Esta perspectiva se caracteriza por la administración de medicamentos a los problemas de salud asociados al proceso de envejecimiento, en la que se piensa a la vejez como un proceso patológico y que por lo tanto requiere la intervención médica y la investigación. Esta visión influye en el abordaje sobre el erotismo de los viejos, en el que de la misma forma su terminación se explica a través de una tendencia de pérdidas naturales e irreversibles, lo que limita los márgenes de libertad entre los que se incluye la elección del propio goce.

Particularmente los mitos y prejuicios sociales surgen como argumentaciones que limitan vivir un erotismo en edades avanzadas. Entre los principales mitos al respecto se puede mencionar “la vejez está asociada de manera inevitable con el declive del desinterés sexual”, “los viejos no son sexualmente atractivos para los demás”, “es de mal gusto que las personas mayores tengan interés sexual”, “la sexualidad es cosa de jóvenes”, “el sexo es básicamente para el joven, otro tipo de interacción sexual no es placentera”, “la actividad sexual debilita a las personas, por lo tanto, en la vejez quizá no sea saludable”; y “las personas mayores ya no necesitan tanto como los jóvenes el mantener relaciones sexuales”, “los viejos no desean ni aman” y “no está bien visto amar con la cabeza llena de canas” “los viejos verdes y las mujeres alegres”, por mencionar

⁷ Cabe señalar que dentro de ésta biomedicalización se ha privilegiado el cuidado de la salud en detrimento de la vida sexual. Por lo que al administrar determinados fármacos para tratar algunas enfermedades como la hipertensión arterial, ataque cardíaco, diabetes mellitus, Parkinson, artritis reumatoide, enfermedad pulmonar obstructiva crónica, hipotiroidismo, cáncer, insuficiencia renal crónica y depresión entre otras, en las que se omite la explicación de los efectos que estos fármacos puedan tener en la vida sexual de las personas mayores.

algunos (Fouilloux Morales, 2008).

Tales concepciones estereotipadas tienen a polarizar quiénes y cómo debe ser la satisfacción del erotismo (Garita Sánchez, 2004). Entre los principales mitos observamos que se considera que el erotismo es una necesidad prioritaria de los jóvenes, privando al grupo etario de los adultos mayores siquiera de concebirla como una necesidad para ellos, haciendo incluso que parezca impropio el plantear que los adultos mayores muestren interés sobre el tema. Además que dentro de estas concepciones impera el ideal del erotismo en torno a lo biológico, lo orgánico y lo sexual, dejando fuera todas las demás expresiones íntimas de lo erótico como la experiencia de compartir o el disfrute de la compañía de pareja.

Conclusiones

Ante todo lo anterior es que podemos visualizar un espacio limitado, restrictivo y estigmatizante sobre el ejercicio del erotismo en la vejez. Este espacio se ha entendido de diversas maneras a lo largo del desarrollo de las sociedades occidentales, las que han ido desde la organización religiosa hasta una reglamentación cada vez más laica incorporada a las nuevas normas médicas, psicológicas y educativas a través de las cuales los viejos se han visto marginados y excluidos para satisfacer esta necesidad humana básica. Lo anterior no significa que las visiones hayan aparecido aisladas a lo largo de la historia o que no tengan relación entre sí, sino que la supuesta terminación de la vida erótica ha tenido diversos tintes entrelazados que provienen de construcciones deserotizantes de una sociedad y de una organización social, las que aún en la sociedad actual se presentan (algunas de forma sutil, otras más evidentes que se nos presentan a modo de herencia, sobre todo aquellos relacionados con explicaciones biomédicas y factores biológicos y funcionales) para silenciar el ejercicio de los goces en la vejez.

Lo encomiable de reflexionar sobre un tema tabú como el que se expone en este documento es visibilizar el entramado social que se origina a partir del erotismo –que si bien es cierto representa un área censurada para cualquier edad social, este panorama se agudiza si hablamos de personas mayores– y que ha dado origen a las delimitaciones que se han mencionado en el ejercicio de los goces. El mostrar cuales han sido las diversas construcciones de deserotización dentro de una genealogía socio-histórica genera a su vez algunas interrogantes que

se relacionan con la visión con la que actualmente se aborda en tópicos en cuestión, con el posicionamiento de los adultos mayores como sujetos de deseo así como también con las construcciones sociales que subyacen ante la supuesta terminación de la vida erótica de los envejecientes.

Bibliografía

- ALDANA, A. (2008) “Psicología y sociología del erotismo” en: Arango de Montis, I. (comp.), *Sexualidad Humana*. México: El Manual Moderno S.A. de C.V. pp. 48-65.
- ARANGO DE MONTIS, I. (2008) “Historia breve de la sexología clínica en occidente”, en: Arango de Montis I. (comp.), *Sexualidad Humana*. México: El Manual Moderno S.A. de C.V.
- BATAILLE, G. (2008) *El erotismo*. México: Tosquets Editores.
- DE BEAUVOIR, S. (1980) *La vejez*. Buenos Aires: Sudamericana.
- FOUCAULT, M. (2009) *Historia de la Sexualidad*. Argentina: Siglo XXI. Volumen I.
- FOUILLOUX, C. (2008) “Salud y enfermedad sexual geriátricas”, en: Arango de Montis I. (comp.), *Sexualidad Humana*. México: El Manual Moderno S.A. de C.V.
- FREUD, S. (1981) *Obras completas. Tres ensayos para una teoría sexual* Madrid: Biblioteca Nueva.
- GARITA, G. (2004) “Envejecimiento y sexualidad. Alrededor de la historicidad de su vivencia y sus determinaciones psicosocioculturales”. *Revista de Ciencias Sociales* N° 105, pp.59-79. Disponible en: <http://www.vinv.ucr.ac.cr/latindex/rcs003/04-garita.pdf>. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- GONZÁLEZ, R., NÚÑEZ, L., HERNÁNDEZ, O. y BETANCOURT, M. (2005) “Sexualidad en el adulto mayor. Mitos y realidades”. *Archivo Médico de Camagüey* N° 9, Vol. 4, pp. 1-10. Disponible en:

- <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=>. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- HERNÁNDEZ, Z. (2008) "Algunos aspectos a considerar sobre la sexualidad del adulto mayor". *AGO USB* N° 8, Vol. 2, pp. 375-387. Disponible en: http://web.usbmed.edu.co/usbmed/elagora/htm/v8nro2/documentospdf/catedra_abierta/aspectos_a_considerar_sobre_la_sexualidad_del_adulto_mayor.pdf. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- HUENCHUAN S., y RODRÍGUEZ, L. (2010) *Envejecimiento y derechos humanos: situación y perspectivas de protección*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Disponible en: http://inmayores.mides.gub.uy/innovaportal/file/11872/1/envejecimiento_y_derechos_humanos.pdf. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- IACUB, R. (2006) *Erótica y vejez: perspectivas de occidente*. Buenos Aires: Paidós.
- _____ (2007) "El cuerpo externalizado o la violencia hacia la vejez". *Revista Káiros* N° 10, Vol. 1, pp. 97-108.
- _____ (2008) "Sobre la construcción de juicios en la erótica de la vejez". *Revista Argentina de Sociología* N° 6, Vol. 10, pp. 170-183. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26961012>. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- LAGARDE, M. (1997) *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: UNAM.
- LAMAS, M. (1996) "La antropología feminista y la categoría género" en: *El género. La construcción cultural de la diferencia sexual*. México: UNAM.
- LÓPEZ, A., AMORÍN L., CARRIL E. y RAMOS, V. (2006) "Adolescentes y sexualidad. Significados, discursos y acciones en Uruguay (1995-2004)" en: *2do. Encuentro Universitario: salud, género, derechos sexuales y derechos reproductivos. Avances en investigación nacional*. Uruguay: Universidad de la Republica.
- LÓPEZ, F. y OLAZABAL, J. (2005) *La sexualidad en la vejez*. México: Psicología Pirámide.
- OMS y OPS. (2000) *Promoción de la Salud Sexual. Recomendaciones para la acción*. Antigua: Organización Mundial de la Salud-Organización Panamericana de la Salud. Disponible en: <http://www.letraese.org.mx/sxsaludsexualops.pdf>. Fecha de consulta, 21/10/2015.
- PLATÓN. (1984) *Cuatro diálogos: Critón – Laques – Gorgias – Menón*. México: Secretaría de Educación Pública.
- VÁZQUEZ-BRONFMAN, A. (2006) *Amor y sexualidad en las personas mayores. Transgresiones y secretos*. Barcelona: Gedisa.
- WEEKS J. (1998) *Sexualidad*. México: Paidós.

Citado. DE LOS SANTOS-AMAYA, Perla Vanessa y CARMONA-VALDÉS, Sandra Emma (2015) "Genealogía socio-histórica del erotismo en adultos mayores" en *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, N°19. Año 7. Diciembre 2015-Marzo 2016. Córdoba. ISSN 18528759. pp. 8-19. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/366>.

Plazos. Recibido: 20/01/2015. Aceptado: 01/09/2015.